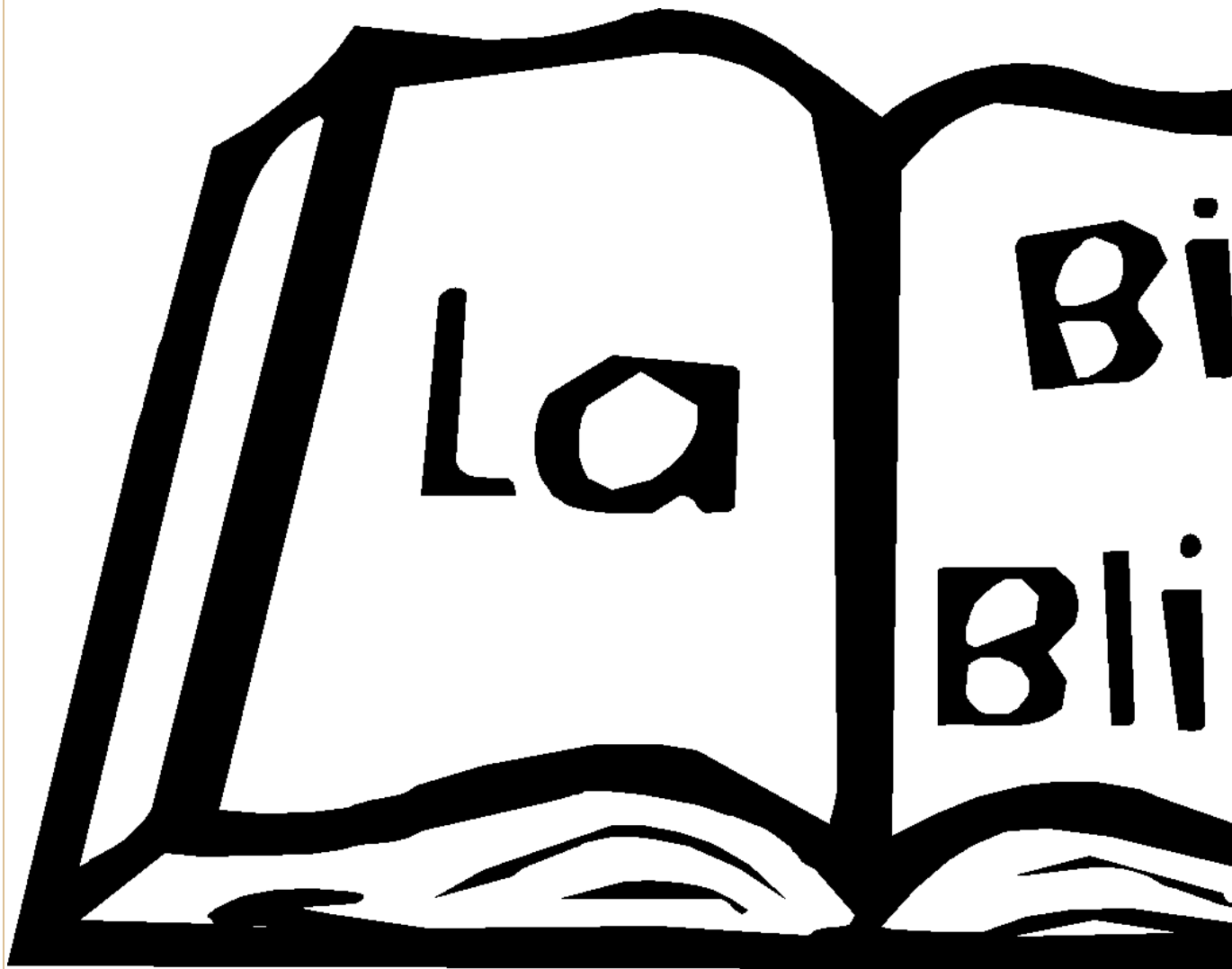


Viernes, 6 de noviembre



FELIPE SANTOS, SDB

“Los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz” (Lc 16, 8).

Esta parábola no nos invita a ser inicuos sino a ser sagaces, a hacernos amigos utilizando los bienes de este mundo para ponerlos al servicio de los más necesitados. El reino de Dios necesita de ti, de tu decisión y de tu inteligencia. Ponlas a su servicio.

Tú, Señor, siempre me sorprendes, Y no me gusta... pero lo necesito. Que mi entrega sea más inventiva y audaz en beneficio de mis hermanos.

¿Para qué son los bienes, las riquezas, las posesiones que tenemos en este mundo? ¿Para acumularlos en fortunas descomunales? ¿Para derrocharlos en

francachelas interminables? ¿Para reprimir a otros? ¿Para crear imperios multinacionales que rijan el destino de los pueblos? ¿Para dar una imagen de solidez y éxito? Pareciera que en el mundo las riquezas han servido siempre sólo para esto. Sin embargo, Jesús nos plantea otro camino: emplear el «*dinero sucio*» (véase Lc 16,9-11) en buenas obras. La parábola del administrador astuto, leída en su totalidad, nos ofrece la imagen de un hombre que aprovecha sus últimos momentos al frente de una gran fortuna para beneficiar a los deudores. Es un administrador que emplea el dinero para reducir la carga de los demás y procurarse amistades duraderas. Esta parábola no quiere ser un elogio a la corrupción, sino una invitación a que no aumentemos las cargas de los demás, porque podemos estar a punto de perderlo todo. Jesús plantea un desafío: convertir la economía de la explotación en una economía de los beneficios. Él quiere un nuevo ser humano que rompa con la mentalidad acaparadora y se oriente por el horizonte de fraternidad y solidaridad que se alza más allá de la acumulación desmedida.